



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MOORE Y EL ESCEPTICISMO HUMEANO DEL MUNDO  
EXTERNO

T E S I S

PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

VICTOR MANUEL MORALES SANCHEZ

TUTOR:

DR. SANTIAGO ECHEVERRI SALDARRIAGA

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, 2026



Facultad de Filosofía y Letras

*A mi madre y a mi abuelo*

# Agradecimientos

Estoy especialmente agradecido con el Dr. Santiago Echeverri Saldarriaga por su invaluable guía en la realización de esta tesis, en especial por todos sus consejos y correcciones, sin los cuales no habría sido posible llevar a buen término este proyecto.

Agradezco a la Dra. Julia Muñoz, al Dr. Miguel Ángel Sebastián, a la Dra. Lara Scaglia y al Dr. Ricardo Vázquez por formar parte de mi comité académico y por tomarse el tiempo de leer y evaluar este trabajo.

Agradezco a todos mis profesores a lo largo de la carrera, en especial al Dr. Axel Arturo Barceló Aspeitia, Dr. Simon Dance Thunder, Dr. Juan Espíndola, Dr. Alejandro Vázquez del Mercado, Dr. Miguel Ángel Zapata, Dr. Riardo Mena, Dr. Sofía Meléndez Gutiérrez, Dr. Moisés Vaca y al Mtro. Amílcar París Mandoki, por su enseñanza, acompañamiento y formación académica.

Finalmente, agradezco a mis familiares y amigos que me apoyaron emocionalmente durante este proceso, en especial a mi tío José Navarrete, a mis amigas Mirsha y Daniela, y especialmente a mi pareja, Pamela Villafaña Alonso, por su apoyo constante.

# Índice general

<b>Agradecimientos</b>	<b>II</b>
<b>Introducción</b>	<b>1</b>
<b>1 El escepticismo humeano sobre el mundo externo</b>	<b>4</b>
§1.1 Introducción . . . . .	4
§1.2 Impresiones e ideas . . . . .	5
§1.3 La bifurcación de Hume . . . . .	8
§1.3.1 Las relaciones de ideas son intuitiva o demostrativamente ciertas .	10
§1.3.2 Las relaciones de ideas no afirman la existencia . . . . .	10
§1.3.3 Las cuestiones de hecho aseveran la existencia de objetos no abstractos	11
§1.3.4 Las cuestiones de hecho no son ni intuitivamente ni demostrable- mente ciertas . . . . .	12
§1.4 El escepticismo sobre el mundo externo o la creencia en la existencia en el cuerpo . . . . .	13
§1.4.1 Dos tipos de escepticismo . . . . .	13
§1.4.2 Dos Suposiciones y el escepticismo sobre el mundo externo . . . . .	15
§1.5 Respuestas al argumento escéptico . . . . .	18

<i>ÍNDICE GENERAL</i>	IV
§1.6 Conclusión . . . . .	22
<b>2 Dos respuestas mooreanas al escepticismo humeano</b>	<b>24</b>
§2.1 Introducción . . . . .	24
§2.2 El principio del uso proporcional de la certeza . . . . .	25
§2.3 Rechazo de la segunda premisa . . . . .	29
§2.4 Conocimiento inmediato . . . . .	33
§2.5 Rechazo de la tercera premisa . . . . .	36
§2.6 Conclusión . . . . .	40
<b>3 Los límites de la argumentación mooreana</b>	<b>42</b>
§3.1 Introducción . . . . .	42
§3.2 Prueba del mundo externo . . . . .	43
§3.3 La interpretación de Wright . . . . .	48
§3.4 La respuesta de Coliva . . . . .	51
§3.5 Conclusión . . . . .	54
<b>Conclusión</b>	<b>55</b>

# Introducción

El escepticismo acerca del mundo externo constituye uno de los problemas más persistentes y desafiantes de la filosofía moderna. Desde sus formulaciones clásicas, este problema pone en cuestión nuestra pretensión ordinaria de conocer la existencia de objetos materiales y, con ello, la legitimidad misma de muchas de nuestras creencias más básicas sobre el mundo. La inquietud que motiva esta investigación puede formularse de manera general del siguiente modo: ¿en qué sentido, si es que en alguno, estamos justificados en afirmar que existe un mundo externo independiente de nuestra mente?

Esta pregunta adquiere una forma particularmente aguda en la obra de David Hume. En su análisis del entendimiento humano, Hume sostiene que nuestra experiencia perceptiva solo nos proporciona impresiones, y que cualquier pretensión de ir más allá de ellas para afirmar la existencia de objetos externos requiere un razonamiento causal que, según él, no puede justificarse adecuadamente. De este modo, el escepticismo humeano consiste en un desafío filosófico que parece surgir de supuestos ampliamente aceptados sobre la percepción, la causalidad y los límites del conocimiento humano.

La pregunta central que guía esta tesis puede formularse así: ¿qué estrategias antiescépticas resultan filosóficamente viables una vez que se reconstruye el argumento escéptico

humeano de manera rigurosa y contemporánea? Mi hipótesis es doble. Por un lado, sostengo que una reconstrucción cuidadosa del escepticismo humeano, formulada en términos conceptuales actuales, permite identificar con mayor claridad las distintas premisas que lo componen y, con ello, las posibles vías para rechazarlo sin traicionar el espíritu de la posición de Hume. Por otro lado, argumento que la obra de G. E. Moore ofrece recursos antiescépticos que, aunque usualmente no se presentan como respuestas directas al escepticismo humeano, pueden ser reconstruidos de ese modo de manera fructífera.

En este sentido, la tesis presenta dos aportaciones originales. La primera consiste en una reconstrucción contemporánea del argumento escéptico humeano sobre el mundo externo que permite articular, de manera sistemática, distintas respuestas antiescépticas clásicas y contemporáneas, respetando al mismo tiempo los compromisos fundamentales de la posición de Hume. La segunda aportación es una reconstrucción poco explorada de la filosofía de Moore como una respuesta específicamente dirigida al escepticismo humeano.

La tesis se estructura del siguiente modo. En el primer capítulo se reconstruye el argumento escéptico humeano sobre el mundo externo, prestando especial atención a sus supuestos epistemológicos y a la manera en que Hume concibe la relación entre impresiones, causalidad y creencia en la existencia de objetos externos. Esta reconstrucción permite formular el argumento de manera explícita y evaluar con mayor precisión sus alcances.

El segundo capítulo se centra en dos posibles respuestas mooreanas. La primera respuesta mooreana rechaza la segunda premisa del argumento, según la cual toda justificación de la existencia de objetos externos debe basarse en un razonamiento causal a partir de impresiones. Esta estrategia apela a la noción de conocimiento inmediato y a la idea de que ciertas proposiciones acerca del mundo externo son más ciertas que cualquier tesis

filosófica que las ponga en duda. La segunda estrategia mooreana, formulada en escritos posteriores, apunta al rechazo de la tercera premisa del argumento escéptico. En esta etapa de su pensamiento, Moore desplaza el foco de la discusión hacia los límites de la concepción escéptica de prueba y cuestiona la idea de que ningún razonamiento pueda establecer la existencia de objetos externos.

Finalmente, en el tercer capítulo se analizan los límites de la argumentación mooreana, mediante la reconstrucción de la crítica de Wright y del análisis alternativo propuesto por Coliva.

Con ello, el objetivo general de este trabajo es doble: por un lado, clarificar el alcance del escepticismo humeano sobre el mundo externo; por otro, evaluar en qué medida las estrategias mooreanas permiten ofrecer respuestas filosóficamente sólidas a dicho desafío.

# Capítulo 1

## El escepticismo humeano sobre el mundo externo

### 1.1. Introducción

En la *Investigación sobre el conocimiento humano*, particularmente en la sección XII, David Hume desarrolla una serie de consideraciones que ponen en duda la posibilidad de tener conocimiento del mundo externo. Aunque Hume no niega que tengamos dicha creencia —incluso considera que es inevitable y natural—, sostiene que no tenemos razones que fundamenten nuestro conocimiento sobre el mundo externo.

Mi objetivo en este capítulo es reconstruir el argumento humeano a favor del escepticismo sobre el mundo externo. Para lograrlo, primero presentaré la teoría humeana de las impresiones y las ideas. Posteriormente, expondré en qué consiste la bifurcación de Hume entre cuestiones de hecho y relaciones de ideas, así como las características de cada una de ellas. Posteriormente desarrollaré el argumento escéptico de Hume. Para ello, examinaré

las distintas clases de escepticismo y señalaré a cuál de ellas se adscribe Hume. Asimismo, analizaré las suposiciones que subyacen a la creencia en la existencia del mundo externo y mostraré por qué, para Hume, es ilegítima la inferencia que va de las impresiones a la existencia de dicho mundo.

## 1.2. Impresiones e ideas

Antes de reconstruir el argumento humeano a favor del escepticismo sobre el mundo externo, es necesario exponer la teoría humeana de las impresiones y las ideas. En la segunda sección de la *Investigación sobre el conocimiento humano*, titulada “Sobre el origen de nuestras ideas”, Hume busca explicar cómo adquirimos nuestras ideas. La tesis básica de Hume, que constituye una piedra angular de su empirismo, sostiene que adquirimos nuestras ideas a partir de la experiencia, entendida como percepciones.

Al exponer esta tesis, Hume utiliza tres términos clave: “percepción”, “impresión” e “idea”. Por “percepción”, Hume entiende cualquier estado consciente, y distingue dos tipos de percepciones: las impresiones y las ideas. Por “impresión”, Hume se refiere a experiencias como las visuales, las auditivas o el sentir dolor. Además, divide las impresiones en dos clases: externas e internas.<sup>12</sup> Las impresiones externas corresponden a experiencias sensoriales, como las visuales o las auditivas; mientras que las impresiones internas incluyen sensaciones como el dolor o el placer. Por “idea”, Hume entiende cualquier estado mental

---

<sup>1</sup>La abreviatura para *Investigación sobre el conocimiento humano* es (ISCH) y la abreviatura para *Tratado de la naturaleza humana* es (T).

<sup>2</sup>En la *Investigación sobre el conocimiento humano*, Hume utiliza los términos “impresiones internas” e “impresiones externas” para referirse a los dos tipos de impresiones (ISCH:19). Por otro lado, en el *Tratado de la naturaleza humana*, emplea las expresiones “impresiones de sensación” e “impresiones de reflexión” (T:7) .

que no sea una impresión; las ideas incluyen conceptos e imágenes mentales. Finalmente, una distinción fundamental entre impresiones e ideas es que las primeras son más vívidas que las segundas.

Para Hume, la diferencia entre ideas e impresiones es obvia y no plantea mayores problemas. Sin embargo, existe una ambigüedad en su descripción de dicha diferencia. Esta ambigüedad fue señalada por Dicker (1998, p.6), quien la desarrolla del siguiente modo: la principal forma que tiene Hume para distinguir entre ideas e impresiones consiste en afirmar que las segundas son más vívidas, mientras que las ideas son más débiles. No obstante, Hume añade que una persona con trastornos mentales puede tener ideas indistinguibles de las impresiones. Esto sugiere que quienes padecen alguna alteración mental pueden tener ideas tan vívidas como una impresión. Al plantear este caso, Hume apela a un criterio adicional al de la vivacidad, pues sigue considerando tales alucinaciones como ideas; y si el criterio de distinción fuese únicamente la vivacidad, entonces debería clasificarlas como impresiones. El otro criterio al que Hume parece recurrir es el que propone Jonathan Bennett (1971, pp. 224-5), el criterio de *objetividad*. De acuerdo con este criterio, las impresiones de sensación son experiencias que se tienen cuando percibimos objetos reales, mientras que las alucinaciones, por más vívidas que sean, siguen siendo ideas. Aunque Hume no formula este criterio, lo aplica en diversos pasajes, tanto en el *Tratado* como en la *Investigación*. Según Bennett, Hume mantiene, entonces, dos criterios: el oficial y reconocido, y el no oficial o no reconocido, que es el criterio de objetividad.

La probable explicación de esta ambigüedad es un factor que desarrollaremos más adelante: el escepticismo. Sin embargo, al plantear su teoría de las impresiones e ideas, Hume deja de lado el escepticismo respecto del mundo externo; por ello, puede apelar

al criterio de objetividad para distinguir entre impresiones e ideas. Dejando de lado esta ambigüedad y concediéndole a Hume la distinción entre ideas e impresiones, podemos ahora exponer la relación que existe entre ambas. Este principio puede denominarse principio del empirismo y Georges Dicker lo expresa del siguiente modo:

Toda idea es:

- a. O bien, derivada de una impresión correspondiente
- b. O bien, compuesta por ideas simples, cada una de las cuales se deriva de una impresión correspondiente.

Un ejemplo de una idea que se encuadra en (a) sería la de un tono específico de rojo; por ejemplo, el carmesí. Hume diría que esta idea se deriva de una impresión correspondiente: una experiencia en la que se presenta el carmesí mismo. Un ejemplo de una idea que se encuadra en (b) podría ser la idea de un centauro. Supongamos que una persona nunca ha visto un centauro (ya que no hay ninguno), ni ha tenido una alucinación vívida de uno (para garantizar que la persona nunca ha tenido una impresión de un centauro, sea cual sea el criterio que utilicemos para distinguir impresiones de ideas). Aun así, esa persona puede tener una idea de un centauro. Esta idea puede descomponerse en dos componentes más simples, como la idea de la cabeza y el torso de un ser humano y la idea del tronco y las extremidades de un caballo. Así pues, siempre que la persona haya tenido impresiones de cabezas y torsos humanos, y de troncos y extremidades de caballos (impresiones que pueden obtenerse simplemente viendo personas y caballos), puede tener la idea de un centauro.

Entonces, la persona puede tener las ideas de una cabeza y un torso humanos, y del tronco y las extremidades de un caballo, y puede combinar estas ideas para formar la idea de un centauro. De manera similar, una persona puede tener innumerables ideas que no tienen contrapartes exactas entre las impresiones, siempre que esas ideas puedan analizarse en ideas componentes, todas las cuales sí tienen contrapartes entre las impresiones. Como ejemplos de tales ideas, Hume menciona las de una montaña dorada y un caballo virtuoso. (Dicker, 1998, pp. 9-10)

La defensa de Hume de este principio consta de dos partes. En primer lugar, sostiene que quien desee negar su validez universal debe ofrecer un contraejemplo. En segundo lugar, para reafirmar que toda idea deriva de una impresión correspondiente, Hume recurre al caso de una persona que padece una condición que le impide tener experiencias sensoriales. Según Hume, una persona que carece de ciertas sensaciones también es incapaz de formar las ideas correspondientes. Por ejemplo, una persona ciega no puede formarse la idea de los colores, del mismo modo que una persona sorda no puede formarse la idea de los sonidos.<sup>3</sup>

### 1.3. La bifurcación de Hume

Una vez que hemos expuesto la teoría humeana de las impresiones e ideas, podemos introducir la bifurcación de Hume. Para ello, es necesario citar los primeros dos párrafos

---

<sup>3</sup>Hume reconoce una aparente excepción a este principio: el caso del tono faltante de azul. Imagina una persona que ha visto todos los tonos de azul, excepto uno; al presentársele la serie completa con ese tono ausente, sería capaz de formarse la idea de dicho tono sin haber tenido la impresión correspondiente. Sin embargo, Hume considera este ejemplo tan singular que no amerita modificar su principio general. En consecuencia, la excepción no afecta la validez de su tesis de que todas las ideas derivan de impresiones. (T:1).

de la sección IV de la *Investigación sobre el conocimiento humano*:

Todos los objetos de la razón e investigación humana pueden, naturalmente, dividirse en dos grupos, a saber: relaciones de ideas y cuestiones de hecho. A la primera clase pertenecen las ciencias de la Geometría, Álgebra y Aritmética, y en resumen, toda afirmación que es intuitiva o demostrativamente cierta. Que el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los dos lados es una proposición que expresa la relación entre estas partes del triángulo. Que tres veces cinco es igual a la mitad de treinta expresa una relación entre estos números. Las proposiciones de esta clase pueden descubrirse por la mera operación del pensamiento, independientemente de lo que pueda existir en cualquier parte del universo. Aun cuando nunca hubiera habido un círculo o un triángulo en la naturaleza, las verdades demostradas por Euclides conservarían su certeza y evidencia.

No son averiguadas de la misma manera las cuestiones de hecho, los segundos objetos de la razón humana; ni nuestra evidencia de su verdad, por grande que sea, es de la misma naturaleza que la precedente. Lo contrario de cualquier cuestión de hecho es, en cualquier caso, posible; porque jamás puede implicar contradicción, y es concebido por la mente con la misma facilidad y distinción que si fuera totalmente ajustado a la realidad. Que el sol no saldrá mañana no es una proposición menos inteligible ni implica mayor contradicción que la afirmación de que saldrá. En vano, pues, intentaríamos demostrar su falsedad. Si fuera demostrativamente falsa, implicaría una contradicción, y jamás, nada

que sea concebido distintamente por la mente, implica contradicción y jamás podría ser concebida distintamente por la mente. (EU 25)

Como podemos advertir en los párrafos anteriores, para Hume solo hay dos tipos de proposiciones de las que podemos tener conocimiento racional. La primera son las relaciones de ideas, las cuales se caracterizan por ser intuitiva o demostrativamente ciertas. Además, no afirman la existencia de ningún objeto no abstracto. Por otro lado, las cuestiones de hecho no son ni intuitiva ni demostrativamente ciertas, y afirman la existencia de objetos no abstractos.

### **1.3.1. Las relaciones de ideas son intuitiva o demostrativamente ciertas**

Por una “proposición intuitivamente cierta”, Hume entiende una proposición cuya verdad podemos conocer únicamente al comprender su significado. Por ejemplo:  $1 + 1 = 2$  y *un triángulo tiene tres lados*. Este tipo de proposiciones pueden denominarse “auto-evidentes”, ya que proporcionan por sí mismas la evidencia de su verdad. Por otro lado, cuando Hume afirma que una proposición es demostrativamente cierta, quiere decir que su verdad se sigue lógicamente de una o más proposiciones “auto-evidentes”. A este tipo de proposiciones podemos llamarlas “demostrables”.

### **1.3.2. Las relaciones de ideas no afirman la existencia**

Cuando decimos que las relaciones de ideas no aseveran la existencia de ningún objeto no abstracto, estamos estableciendo una idea fundamental para Hume: este tipo de propo-

siciones pueden descubrirse sin depender de la existencia de ningún objeto en el universo. Por ejemplo, aunque nunca hubiera existido un círculo o un triángulo en la naturaleza, las verdades demostradas por Euclides seguirían siendo verdaderas.

Así, el teorema de Pitágoras puede expresarse de la siguiente manera: el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados. Imaginemos ahora una situación en la que los triángulos rectángulos no existieran y nadie hubiera concebido uno. Aun así, esta proposición seguiría siendo verdadera, ya que para que lo sea no es necesario que exista algún triángulo. La proposición únicamente establece una condición que los triángulos rectángulos deben satisfacer. El punto central es que proposiciones como el teorema de Pitágoras o  $1 + 1 = 2$  permanecen verdaderas con independencia de que los objetos no abstractos existan o no. Por ello, este tipo de proposiciones no afirman ni implican la existencia de ningún objeto no abstracto.

### **1.3.3. Las cuestiones de hecho aseveran la existencia de objetos no abstractos**

Las cuestiones de hecho, al contrario de las relaciones de ideas, sí afirman la existencia de objetos no abstractos (con una excepción que desarrollaré más adelante). Esta característica de las cuestiones de hecho no es algo que Hume haga explícito, pero existen fundamentos textuales para sostener que la presupone. Por ejemplo, más allá de la presentación de la bifurcación, Hume utiliza expresiones como “cuestiones de hecho” y “existencia real”, “hecho” y “existencia”. Además, el primer ejemplo que ofrece de una cuestión de hecho es la proposición “el sol saldrá mañana”. Esta proposición afirma la ocurrencia de un

evento físico futuro y, dado que no podría ser verdadera a menos que el sol exista, podemos decir que esta proposición asevera la existencia de un objeto físico: el sol.

Sin embargo, existe un tipo de proposiciones que Hume considera cuestiones de hecho aunque no afirmen directamente la existencia de un objeto no abstracto. Se trata de las proposiciones puente: aquellas proposiciones que, tomadas en conjunto con proposiciones que reportan lo observado en un momento determinado  $t$  o en un conjunto de momentos  $t_1, t_2, \dots, t_n$ , implican la existencia de un objeto no abstracto que no necesita ser observado en esos momentos.

Leyes como las leyes de la naturaleza son ejemplos de proposiciones puente. Por ejemplo, la proposición “el agua hierve a 100 grados a nivel del mar”, junto con la observación de que cierta cantidad de agua está hirviendo a 100 grados, permite inferir la existencia de una fuente de calor. Estas proposiciones puente pueden tener diferentes grados de generalidad. Por ejemplo, el principio causal tiene un rango de aplicación universal —abarca todos los eventos—, mientras que la proposición sobre el punto de ebullición del agua posee un rango más limitado.

#### **1.3.4. Las cuestiones de hecho no son ni intuitivamente ni demostrablemente ciertas**

Las cuestiones de hecho no son ni intuitivamente ciertas ni demostrablemente ciertas. Si Hume está en lo correcto, esto tendría profundas implicaciones para la filosofía. De ello se seguiría que las únicas proposiciones que son autoevidentes o demostrables son las

relaciones de ideas. Por lo tanto, intentar demostrar la existencia de Dios, del alma, de las mónadas, de las sustancias o del mundo externo es imposible. Lo que la bifurcación humeana niega es la posibilidad de utilizar la razón para demostrar la existencia de algo natural o divino.

## **1.4. El escepticismo sobre el mundo externo o la creencia en la existencia en el cuerpo**

Una vez que hemos introducido la teoría de las ideas e impresiones de Hume, así como su bifurcación entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho, y hemos visto que estas últimas no son demostrables, podemos comenzar a plantear el escepticismo humeano acerca del mundo externo.

### **1.4.1. Dos tipos de escepticismo**

Hume comienza distinguiendo entre dos tipos de escepticismo. El primero es el escepticismo previo a todo estudio y filosofía, que corresponde al método propuesto por Descartes (2011) como una forma de evitar el error. Este tipo de escepticismo sostiene que, antes de iniciar cualquier investigación, debemos dudar de todo, incluso de nuestros sentidos y de nuestras facultades intelectuales. La duda se supera aceptando únicamente aquellas creencias que puedan deducirse de un punto de partida absolutamente indudable. Sin embargo, para Hume no existe tal punto de partida y, aun si existiera, sería imposible avanzar más allá de él sin recurrir a las mismas capacidades que han sido puestas en duda. Por lo tanto,

para Hume, si la duda cartesiana pudiera ser mantenida por alguien, sería completamente incurable y ningún razonamiento podría conducirnos a un estado de seguridad. Pero Hume menciona que este tipo de escepticismo, cuando se presenta de forma moderada, puede ser un preparativo útil y necesario para el estudio de la filosofía, ya que ayuda a mantener la imparcialidad en los juicios y a liberar nuestra mente de los prejuicios que pudimos haber absorbido.

El segundo tipo de escepticismo es el que surge como consecuencia de la investigación. Aparece cuando una persona descubre la naturaleza engañosa de sus facultades mentales. Este escepticismo, al poner en duda nuestras capacidades más fundamentales, puede parecer problemático; sin embargo, al basarse en la investigación empírica, no puede ser simplemente descartado. Estas consideraciones requieren una evaluación cuidadosa, y por ello Hume se centra en analizarlas.

Hume se centra ahora en la evaluación de esta postura. Comienza por descartar el argumento escéptico que pretende destruir nuestra confianza en nuestras facultades mostrando sus limitaciones e imperfecciones. Para ilustrar su punto, los escépticos suelen recurrir a ejemplos de ilusiones sensoriales, como la apariencia torcida de un remo al sumergirlo en el agua. Sin embargo, para Hume, esto no destruye nuestra confianza en los sentidos; simplemente muestra que tienen limitaciones y que necesitan ser corregidos mediante la razón y la experiencia.

Dentro de este tipo de escepticismo, existe otro planteamiento que, según Hume, es mucho más profundo y no admite una solución sencilla. Este es, precisamente, el tipo de escepticismo en el que Hume se centra al discutir.

### 1.4.2. Dos Suposiciones y el escepticismo sobre el mundo externo

El planteamiento de Hume sobre la existencia del mundo externo descansa en dos suposiciones. Por “suposición” no nos referimos a que carezca de razones para sostenerlas, sino a que se enfoca más en desarrollar sus implicaciones.

La primera suposición es que aquello que percibimos a través de nuestros sentidos son, en realidad, nuestras propias percepciones; más específicamente, nuestras impresiones.

Las raíces de esta suposición se encuentran en lo que podemos denominar el “argumento de la ilusión”. Este constituye una familia de argumentos, de los cuales consideraremos algunos.

El primero es el de la relatividad perceptual. Este argumento tiene su origen en la filosofía antigua, por lo que existen diversas formas de plantearlo. Sostiene que la manera en que se nos aparecen las cosas a través de las percepciones depende de una serie de condiciones que van más allá de las propiedades mismas de los objetos. En la versión humeana del argumento, se sostiene que lo que percibimos no son los objetos en sí, sino nuestras propias impresiones, como lo muestra Hume en el siguiente pasaje:

La mesa que vemos parece disminuir cuanto más nos apartamos de ella, pero la verdadera mesa que existe independientemente de nosotros no sufre alteración alguna. Por tanto, no se trata más que de su imagen que está presente a la mente. (EU 152)

Es decir, cuando observamos un objeto ordinario, como una mesa o una silla, lo que percibimos varía según la distancia y el ángulo de visión. Sin embargo, el objeto en sí no cambia. Por lo tanto, el objeto y nuestras percepciones no son lo mismo: lo que realmente

vemos es una imagen, no el objeto mismo.

La segunda suposición es que, a partir de nuestras impresiones, no podemos inferir legítimamente la existencia del mundo externo:

Muchos filósofos de la época moderna, incluyendo notablemente a Descartes y Locke, han sostenido que nuestro conocimiento de la existencia de las cosas materiales —de todo el mundo material— se basa en una inferencia o argumento que, a partir de la ocurrencia de nuestras sensaciones, ideas o impresiones, da lugar a la existencia de las cosas materiales. Esta inferencia, aunque interpretada de forma muy diferente por cada filósofo, es básicamente causal, y va de los efectos (las sensaciones, ideas o impresiones) a sus supuestas causas (las cosas materiales, los cuerpos). Se supone que la inferencia demuestra no solo que las impresiones son causadas por los cuerpos, sino también que se asemejan a ellos hasta cierto punto; de modo que proporcionan conocimiento de los cuerpos al ser representaciones de ellos. La situación general resultante —percibimos únicamente nuestras propias impresiones (o sensaciones o ideas), pero podemos inferir de ellas la existencia de cuerpos que las causan y que representan— se denomina comúnmente “teoría causal de la percepción” o “teoría representacional de la percepción”. Dicker (1998, p. 158)

Ante esta postura, Hume realiza la siguiente crítica:

Es una cuestión de hecho la de que, si las percepciones de los sentidos pueden ser producidas por objetos externos que se asemejan a ellas, ¿cómo puede resolverse esta cuestión? Por experiencia, desde luego, como todas las demás

cuestiones de semejante naturaleza. Pero en este punto, la experiencia es y ha de ser totalmente silenciosa. La mente nunca tiene nada presente, sino las percepciones, y no puede alcanzar experiencia alguna de su conexión con los objetos. La suposición de semejante conexión, por tanto, carece de fundamento en el razonamiento. (ISCH: 153)

Como vemos, para Hume la inferencia que va de nuestras impresiones a la existencia del mundo externo no tiene justificación. Hume señala que es una cuestión de hecho que las percepciones puedan ser producidas por objetos externos y, como recordaremos, en la sección anterior vimos que las cuestiones de hecho no son demostrables y que su contrario es igualmente posible. Por lo tanto, la inferencia que va de las impresiones a la existencia del mundo externo resulta injustificada. Con base en lo anterior, podemos reconstruir el argumento humeano de la siguiente manera:

1. Solo percibimos impresiones.
2. Si tenemos razones para creer en la existencia de objetos externos, entonces esas razones deben provenir de un razonamiento causal que conecte las impresiones con dichos objetos.
3. Ningún razonamiento causal puede establecer la existencia de objetos externos, porque solo percibimos impresiones y nunca la conexión causal entre impresiones y cuerpos.

**Conclusión:** Por lo tanto, no tenemos razones para creer en la existencia de los objetos externos.

Como podemos ver, Hume plantea un escepticismo respecto de nuestro conocimiento del mundo externo. Por ello, asume que:

1. Solo percibimos impresiones.
2. Cualquier inferencia que vaya de las impresiones a la existencia del mundo externo es ilegítima.

La primera premisa se sigue del empirismo humeano, pues, como se mostró en la segunda sección, para Hume no percibimos directamente los objetos externos, sino únicamente impresiones. La segunda premisa se deriva de la bifurcación humeana: dado que las proposiciones acerca del mundo externo son cuestiones de hecho, no son ni intuitivamente ni demostrativamente ciertas, por lo que deben fundamentarse en algún tipo de razonamiento causal. Finalmente, la tercera premisa se apoya en la tesis de que, puesto que no tenemos percepción directa de los cuerpos ni de su supuesta conexión con nuestras impresiones, no podemos establecer una conexión causal entre impresiones y objetos externos.

## 1.5. Respuestas al argumento escéptico

A lo largo de la historia se han propuesto diversas respuestas al argumento escéptico anteriormente planteado. El objetivo de esta sección no es reconstruir exhaustivamente todas las respuestas que se han dado al escepticismo, sino identificar algunas estrategias antiescépticas que permitan rechazar al menos una de las premisas del argumento presentado.

La primera alternativa para rechazar el argumento escéptico humeano consiste en ne-

gar la primera premisa, a saber, que solo percibimos impresiones. Quienes adoptan esta estrategia suelen ser denominados “realistas directos”. Los defensores del realismo directo sostienen que, cuando tenemos experiencias perceptivas, percibimos directamente los objetos ordinarios del mundo, y no intermediarios mentales como impresiones o datos sensoriales (Strawson, 1979) (Martin, 1998).

Según esta postura, el carácter de una experiencia perceptiva depende, al menos en parte, de cómo los objetos mismos se nos presentan en dicha experiencia. Al analizar qué es lo que determina una experiencia perceptiva, el realista directo comienza naturalmente con aquello que se nos presenta y con el modo en que se nos presenta. En este sentido, “nuestra conciencia de cómo es una experiencia está inextricablemente ligada al conocimiento de aquello que se nos presenta al tener dicha experiencia” (Martin, 1998, p.173).

No obstante, como se señaló anteriormente, el realismo directo enfrenta una dificultad importante: ofrecer una explicación satisfactoria de los casos de ilusión y alucinación, en los cuales parece que el sujeto tiene una experiencia perceptiva aun cuando no hay un objeto externo correspondiente que esté siendo percibido directamente.

Una segunda estrategia para rechazar el argumento escéptico humeano consiste en cuestionar la segunda premisa, según la cual, si tenemos razones para creer en la existencia de objetos externos, dichas razones deben provenir de un razonamiento causal que conecte nuestras impresiones con tales objetos. Esta estrategia no niega que tengamos impresiones ni que muchas de nuestras creencias ordinarias puedan explicarse causalmente, pero rechaza la idea de que toda justificación para creer en la existencia de objetos externos deba adoptar necesariamente la forma de una inferencia de ese tipo.

Una respuesta de este enfoque puede encontrarse en la obra de G. E. Moore. Moore

sostiene que poseemos conocimiento de proposiciones acerca del mundo externo que no se basa en ningún razonamiento causal a partir de impresiones, sino que es inmediato y no inferencial. En lugar de exigir una mediación argumentativa entre nuestras experiencias y la existencia de objetos externos, Moore defiende que ciertas proposiciones ordinarias —por ejemplo, que aquí hay una mano— son conocidas con mayor certeza que cualquier principio filosófico que pretenda ponerlas en duda. Desde esta perspectiva, la demanda escéptica de una inferencia causal como condición necesaria para la justificación resulta injustificada (Moore, 2013b) (Moore, 2013a).

Otra forma de objetar el argumento escéptico humeano consiste en rechazar la tercera premisa y sostener que sí es posible establecer una inferencia legítima entre nuestras impresiones y los objetos del mundo externo. Las respuestas de este tipo suelen agruparse bajo lo que se conoce como “la teoría causal de la percepción”. Una de las versiones más influyentes de esta estrategia es la propuesta por John Locke (2005), la cual puede reconstruirse del siguiente modo.

Según Locke, nuestro conocimiento de los objetos materiales se obtiene exclusivamente a través de la sensación. Así, por ejemplo, cuando observamos una hoja blanca, esta produce en nosotros la idea de blancura. Aunque la información perceptual que obtenemos por medio de los sentidos no posee el mismo grado de certeza que el conocimiento intuitivo o las demostraciones de la razón, Locke sostiene que merece, sin embargo, el nombre de conocimiento. Esto se debe a que estamos justificados en confiar en que nuestras facultades cognitivas, en condiciones normales, no nos engañan.

Esta confianza en los sentidos se ve respaldada, en primer lugar, por el hecho de que, según Locke, las percepciones son producidas por causas exteriores que afectan a nuestros

órganos sensoriales. Las personas que carecen de ciertos sentidos no pueden formar las ideas correspondientes, lo cual muestra que tales ideas no son producidas por la mente ni por los órganos sensoriales mismos, sino que requieren la acción de causas externas que los afectan.

Una segunda razón para sostener que nuestras sensaciones son causadas por objetos exteriores es la diferencia entre las ideas producidas por la memoria y aquellas producidas por la sensación. Cuando recordamos una idea —por ejemplo, la idea de ver el sol— podemos eliminarla de la mente tras algún tiempo. En cambio, cuando percibimos el sol directamente, no podemos suprimir esa idea a voluntad. Esta diferencia sugiere que las ideas sensibles dependen de una causa externa que actúa sobre nosotros.

Finalmente, Locke señala que muchas de las ideas producidas por la sensación van acompañadas de dolor o molestia, mientras que las mismas ideas, cuando son recordadas, no generan ninguna ofensa. Así, al recordar la idea del calor o del frío no experimentamos molestia alguna; sin embargo, cuando los sentimos directamente, nos causan dolor o desagrado, y si repetimos la experiencia, el malestar vuelve a producirse. Esto se explica, según Locke, por el desorden que los objetos externos provocan en nuestros cuerpos cuando actúan sobre ellos. Este rasgo refuerza la tesis de que nuestras sensaciones son causadas por objetos exteriores y no producidas exclusivamente por la mente (Ensayo, II. xi).

A pesar de su influencia histórica, la propuesta lockeana enfrenta diversas dificultades filosóficas. En primer lugar, el paso inferencial desde la existencia de sensaciones a la existencia de objetos externos que las causan parece presuponer justamente aquello que pretende demostrar, a saber, que existen causas externas independientes de la mente. En este sentido, el argumento corre el riesgo de incurrir en una forma de circularidad

epistémica: la fiabilidad de los sentidos se justifica apelando a la acción causal de objetos externos, pero dicha acción causal solo puede ser establecida a partir de la confianza previa en los sentidos <sup>4</sup>. Finalmente, incluso si se concede que las sensaciones requieren una causa externa, no se sigue de ello que tengamos conocimiento genuino de los objetos tal como son en sí mismos, sino, a lo sumo, de que algo externo produce nuestras experiencias. Por estas razones, la teoría causal de la percepción, tal como la formula Locke, parece insuficiente para ofrecer una respuesta plenamente satisfactoria al desafío escéptico humeano.

## 1.6. Conclusión

En este capítulo he reconstruido el argumento humeano a favor del escepticismo sobre el mundo externo, mostrando cómo se apoya en una concepción empirista de la percepción, en la bifurcación entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho, y en la tesis de que ninguna inferencia causal puede justificar la existencia de objetos externos a partir de nuestras impresiones. A partir de esta reconstrucción, he identificado tres estrategias generales para resistir dicho argumento, cada una correspondiente al rechazo de una de sus premisas fundamentales.

En primer lugar, el realismo directo rechaza la idea de que solo percibamos impresiones, sosteniendo que en la percepción ordinaria entramos en contacto directo con los objetos del mundo. En segundo lugar, la teoría causal de la percepción, en particular en la formulación de Locke, acepta que percibimos impresiones, pero defiende que estas pueden servir como base para una inferencia legítima hacia la existencia de objetos externos que las

---

<sup>4</sup>Una reconstrucción de esta crítica la podemos encontrar en (Greco, 2000, p.29)

causan. Finalmente, he señalado una tercera estrategia, asociada a Moore, que cuestiona la exigencia misma de una inferencia causal como condición necesaria para la justificación de nuestras creencias sobre el mundo externo.

En el próximo capítulo reconstruiré dos posibles estrategias antiescépticas inspiradas en la obra de G. E. Moore. La primera de ellas está orientada a rechazar la segunda premisa del argumento escéptico humeano, cuestionando la exigencia de que toda justificación de la existencia de objetos externos deba basarse en una inferencia causal a partir de impresiones. La segunda estrategia, desarrollada en escritos posteriores, pretende rechazar la tercera premisa del argumento, negando que ningún razonamiento pueda establecer legítimamente la existencia de objetos externos. El análisis de ambas respuestas permitirá evaluar el alcance y los límites de la propuesta mooreana frente al escepticismo humeano.

## Capítulo 2

# Dos respuestas mooreanas al escepticismo humeano

### 2.1. Introducción

En el capítulo anterior, se reconstruyó un argumento escéptico de corte humeano, según el cual no podemos tener conocimiento del mundo externo. Dicho argumento se apoya en tres premisas: (1) que solo percibimos impresiones; (2) que, si tenemos razones para creer en la existencia de objetos externos, estas deben provenir de un razonamiento causal que conecte impresiones y objetos; y (3) que ningún razonamiento causal puede establecer tal conexión, puesto que nunca percibimos la relación causal entre impresiones y cuerpos. El objetivo de este capítulo es examinar de qué manera los escritos de Moore contienen los recursos conceptuales y argumentativos para responder a este desafío escéptico.

Más específicamente, el propósito del capítulo es triple. En primer lugar, se busca mostrar que en la obra de Moore se encuentran los materiales necesarios para rechazar las

premisas (2) y (3) del argumento escéptico humeano. En segundo lugar, se ofrece una reconstrucción de las respuestas mooreanas correspondientes, atendiendo tanto a su método argumentativo general como a las tesis epistemológicas que las sustentan. Finalmente, se evalúan los méritos de cada una de estas respuestas, señalando también algunas de las dificultades que enfrentan, sin asumir de manera apresurada que constituyen refutaciones definitivas del escepticismo.

Para cumplir con estos objetivos, el capítulo se organiza del siguiente modo. En la primera sección se describen las características generales del método argumentativo de Moore, en particular su apelación sistemática a proposiciones de sentido común que gozan de un grado de certeza superior al de las premisas escépticas que las ponen en duda. En la segunda sección se aplica este método al argumento humeano con el fin de rechazar la premisa (2), mostrando cómo Moore defiende la existencia de conocimiento inmediato a partir de consideraciones vinculadas al argumento del regreso. La tercera sección examina con mayor detalle el fundacionismo mooreano, centrado en la distinción entre aprehensión directa y conocimiento inmediato. En la cuarta sección se reconstruye una segunda respuesta mooreana, desarrollada en textos posteriores, orientada a rechazar la premisa (3) del argumento escéptico. Finalmente, la quinta sección ofrece una breve conclusión.

## **2.2. El principio del uso proporcional de la certeza**

Antes de reconstruir las respuestas mooreanas al escepticismo humeano, es necesario explicitar una característica central del método filosófico de G. E. Moore. Una de las notas distintivas de su manera de abordar problemas escépticos consiste en evaluar los argumen-

tos filosóficos a partir del grado de certeza que atribuimos a distintas proposiciones. Moore sostiene que ciertas proposiciones de sentido común poseen un nivel de certeza mayor que las premisas de los argumentos escépticos que las ponen en duda. Este rasgo metodológico atraviesa de manera constante sus escritos sobre el conocimiento y el mundo externo, y constituye el núcleo de su estrategia antiescéptica.

Para ilustrar este método argumentativo, puede reconstruirse el siguiente ejemplo presentado por Barry Stroud (1984, p. 103). Supongamos que, durante una fiesta de fin de semana en una casa de campo, se ha cometido un asesinato. El joven duque es encontrado apuñalado en el extremo opuesto de una gran mesa situada en el vestíbulo. El mayordomo estuvo con él todo el tiempo, salvo por unos breves segundos en los que se ausentó para contestar el teléfono en el recibidor, donde se encontraban varias personas. Entre los invitados hay un detective experimentado y su joven asistente, quienes intentan determinar cómo pudo haberse cometido el crimen. Tras reflexionar durante algún tiempo, el asistente concluye con entusiasmo que alguien debió haber entrado corriendo en la habitación, apuñalado a la víctima y salido nuevamente antes de que el mayordomo regresara. “Esa es la única manera en que pudo haber ocurrido”, afirma, “lo único que no sabemos es quién lo hizo”. Sin embargo, el detective principal rechaza esta conclusión y señala: “Sabemos que esta mesa está aquí y que es tan grande que nadie pudo haber atravesado esa puerta, rodeado la mesa hasta este lado, apuñalado a la víctima y salido nuevamente antes de que el mayordomo regresara”.

En este ejemplo, el detective experimentado no ofrece una justificación detallada de su afirmación ni lleva a cabo una investigación adicional que la respalde. Más bien, se limita a recordarle a su asistente algo que ambos ya saben y que este ha pasado por alto

—o ha negado implícitamente— en su explicación del asesinato. El detective sabe que el razonamiento de su asistente debe ser erróneo, puesto que entra en conflicto con una proposición de la que ambos tienen mayor certeza, a saber, que la mesa se encuentra allí y que, dadas sus dimensiones, imposibilita el curso de los acontecimientos propuesto. En este contexto, el detective no necesita conocer los pasos específicos del razonamiento que condujeron a su colega a esa conclusión. Incluso sin identificar una falla particular en dicho razonamiento, puede rechazarlo racionalmente, ya que su conclusión es incompatible con una proposición cuya verdad consideran más segura. Este tipo de razonamiento ejemplifica lo que denominare “el principio del uso proporcional de la certeza”,<sup>1</sup> el cual puede formularse del siguiente modo:

*Principio del uso proporcional de la certeza*

Si un sujeto S tiene más certeza en una proposición p que en otra proposición incompatible q, es racional que S emplee p en un argumento en contra de q.

En el ejemplo del detective, este principio opera de manera implícita. El detective posee un mayor grado de certeza respecto de la proposición:

1. Dada la posición y las dimensiones de la mesa, el asesino no pudo apuñalar a la víctima y abandonar la habitación antes de que el mayordomo regresara.

Que respecto de la proposición:

2. Alguien entró precipitadamente en la habitación, apuñaló a la víctima y salió rápidamente antes del regreso del mayordomo.

---

<sup>1</sup>La formulación de este principio la tomo de (Echeverri, 2024). Véase también: (Stroud, 1984)

Dado que ambas proposiciones son incompatibles entre sí, resulta racional que el detective emplee la proposición (1) para rechazar la proposición (2). Precisamente esto es lo que ilustra el principio del uso proporcional de la certeza: cuando un sujeto tiene mayor certeza en una proposición que en otra incompatible con ella, es racional utilizar la primera como base para descartar la segunda.

Este principio puede aplicarse también a proposiciones ordinarias acerca del mundo externo. Por ejemplo, una proposición de sentido común como “aquí hay una mano” puede emplearse racionalmente para rechazar una proposición escéptica incompatible, como “no existen objetos externos”. Moore apela explícitamente a este tipo de razonamiento cuando sostiene que estamos más ciertos de la existencia de nuestras manos que de cualquier argumento filosófico que pretenda demostrar que no existen objetos externos, como se aprecia en el siguiente pasaje:

Me parece que una refutación suficiente de posturas como estas consiste simplemente en señalar casos en los que sí sabemos tales cosas. Esto, después de todo, ustedes lo saben: esto es realmente un dedo; no hay ninguna duda al respecto; yo lo sé y todos ustedes lo saben. Y creo que podemos, con toda seguridad, desafiar a cualquier filósofo a presentar algún argumento a favor, ya sea de la proposición de que no lo sabemos o de la proposición de que no es verdadero, que no repose en algún punto sobre alguna premisa que sea, sin comparación, menos cierta que la proposición que está destinada a atacar. Las cuestiones de si alguna vez conocemos cosas como estas y de si existen cosas materiales me parecen, por tanto, cuestiones que no es necesario tomar en serio; son cuestiones que es muy fácil responder, con certeza, en sentido afirmativo. (Moore, 2015, pp.3-4)

Para G. E. Moore, es plenamente racional rechazar una proposición que contradice o resulta incompatible con algo que ya sabemos. En particular, Moore sostiene que no hay nada de lo que estemos más ciertos que de la existencia de su propio dedo o de su mano. En consecuencia, cualquier postura filosófica que contradiga o sea incompatible con este tipo de proposiciones debe apoyarse en premisas menos ciertas que aquellas que pretende poner en duda. Desde la perspectiva de Moore, las afirmaciones del filósofo escéptico entran en conflicto con proposiciones de sentido común cuya verdad conocemos con mayor certeza, y esto basta para rechazar el escepticismo. No obstante, aunque este rasgo metodológico se mantiene de manera constante a lo largo de su obra, Moore ofrece distintas respuestas al escepticismo en diferentes momentos de su trayectoria filosófica, las cuales presentan matices y énfasis diversos.

### 2.3. Rechazo de la segunda premisa

En esta sección se aplica el método argumentativo de Moore al argumento escéptico humeano con el objetivo de rechazar la segunda premisa, según la cual, si tenemos razones para creer en la existencia de objetos externos, dichas razones deben provenir de un razonamiento causal.

Tanto en *Certainty* como en *A Defence of Common Sense*, Moore comienza formulando diversas afirmaciones del tipo: “existe un cuerpo humano, que es el mío”, “este cuerpo nació en el pasado y ha sufrido cambios a lo largo del tiempo”, “mi cuerpo ha estado en contacto, o no muy alejado, de la superficie de la Tierra”, y “desde el momento en que nací han existido otras cosas que poseen forma, tamaño y tres dimensiones”. Con respecto a este

tipo de proposiciones, Moore sostiene que las conocemos y que tenemos plena certeza de ellas. Además, afirma que todo ser humano ha sabido, en algún momento de su vida, que una proposición de este tipo es verdadera en su propio caso, es decir, que cada una de estas afirmaciones puede ser conocida por cualquier sujeto respecto de sí mismo.

Como se mostró en el capítulo anterior, un escéptico humeano objetaría la posición mooreana sosteniendo que es errónea. Según el escéptico, no podemos tener razones para creer en la existencia del mundo externo por las siguientes consideraciones: en primer lugar, no aprehendemos los objetos de manera directa, sino únicamente impresiones; en segundo lugar, para afirmar que tenemos conocimiento del mundo externo sería necesario establecer una inferencia desde nuestras impresiones hacia los objetos externos. Sin embargo, Moore rechaza en varios de sus textos que el conocimiento del mundo externo deba fundarse en este tipo de razonamiento inferencial.

Moore sostiene que la segunda premisa del argumento escéptico no se apoya únicamente en consideraciones propias del empirismo humeano, sino que presupone un argumento escéptico más general: el argumento del regreso. Dicho argumento sostiene que, si todo conocimiento debe estar fundado en una inferencia a partir de otras proposiciones previamente conocidas, entonces nunca podríamos llegar a conocer nada, pues ello exigiría una cadena infinita de justificaciones.

Pues si no puedo conocer proposición alguna, sea como verdadera o como probablemente verdadera, a menos que haya conocido previamente alguna otra proposición de la cual se siga que lo sea, entonces, por supuesto, no puedo haber conocido esta otra proposición a menos que haya conocido antes una tercera; ni esta tercera, a menos que haya conocido antes una cuarta; y así sucesivamente ad infinitum. (Moore,

2013b, pp.74-75)

Según Moore, si solo pudiéramos saber que una proposición es verdadera en virtud de que se deriva de una o de un conjunto de premisas que ya sabemos que son verdaderas, entonces tendríamos que poseer conocimiento de una serie infinita de proposiciones. Dado que no tenemos conocimiento de una serie infinita de proposiciones, se sigue que es falso que solo podamos saber que una proposición es verdadera cuando esta se deriva de una o de un conjunto de proposiciones que previamente sabemos que son verdaderas.

Dado que, para Moore, no solo tenemos conocimiento, sino plena certeza de que poseemos conocimiento del mundo externo, no es correcto afirmar que únicamente podamos saber que una proposición es verdadera cuando se deriva de una o de un conjunto de proposiciones que previamente sabemos que son verdaderas. Si esto fuera así, se seguiría un regreso al infinito incompatible con el hecho mismo de que tenemos conocimiento. Por lo tanto, Moore sostiene que somos capaces de saber al menos una proposición como verdadera sin la necesidad de conocer otra de la cual esta se derive. A esta forma de conocimiento Moore la denomina “conocimiento inmediato”.

El razonamiento mooreano puede reconstruirse del siguiente modo:

1. Tenemos conocimiento.
2. Si todo conocimiento dependiera de una inferencia a partir de otras proposiciones previamente conocidas, entonces se produciría un regreso infinito y, en consecuencia, no habría conocimiento alguno.
3. No hay un regreso infinito en el conocimiento.

4. Por lo tanto, no todo conocimiento depende de una inferencia a partir de otras proposiciones previamente conocidas.
5. Todo conocimiento es o bien inferencial (mediato) o bien inmediato.
6. Por lo tanto, existen conocimientos inmediatos.
7. Si existen conocimientos inmediatos, entonces es falsa la premisa 2 del argumento escéptico humeano.

Dado que, para Moore, tenemos plena certeza de que “tenemos conocimiento”, esta proposición funciona como un punto de partida más firme que cualquier premisa escéptica que la ponga en duda. En particular, Moore sostiene que tenemos más certeza de que “tenemos conocimiento” que de la tesis según la cual todo conocimiento debe fundarse en un razonamiento inferencial o causal. Ahora bien, la afirmación de que todo conocimiento depende de una inferencia conduce, como muestra el argumento del regreso, a la consecuencia de que no habría conocimiento alguno. Puesto que esta consecuencia es incompatible con una proposición de la cual Moore tiene certeza absoluta (“tenemos conocimiento”), resulta racional, de acuerdo con su método, rechazar la premisa que la genera. Por ello, Moore concluye que no todo conocimiento puede ser inferencial y que deben existir conocimientos inmediatos. Dado que la segunda premisa del argumento escéptico humeano exige precisamente que el conocimiento del mundo externo dependa de una inferencia desde las impresiones, la aceptación del conocimiento inmediato es incompatible con dicha premisa. En consecuencia, Moore está justificado en rechazarla.

## 2.4. Conocimiento inmediato

Como se mostró en la sección anterior, para rechazar la segunda premisa del argumento escéptico humeano Moore defiende una forma de fundacionismo basada en la noción de conocimiento inmediato. Aunque Moore reconoce que muchos filósofos utilizan las expresiones “conocimiento inmediato” y “aprehensión directa” de manera intercambiable, insiste en que se trata de nociones distintas y que confundirlas conduce a errores filosóficos importantes.

Moore describe el conocimiento inmediato como algo distinto de la aprehensión directa (Moore, 2013b, pp. 75-77). Una de las diferencias que Moore establece entre ambas nociones es que la aprehensión directa es una relación que puede mantenerse con una proposición tanto cuando se la cree como cuando no, y tanto cuando es verdadera como cuando es falsa; en cambio, el conocimiento inmediato es una forma de la relación que Moore denomina “conocimiento adecuado”. Según Moore, el conocimiento adecuado es una relación que nunca se tiene con una proposición a menos que, además de aprehenderla directamente, se la crea, que la proposición sea verdadera y que se cumpla además una cuarta condición. Esta cuarta condición debería permitir distinguir una creencia que resulta verdadera de manera meramente accidental de un caso genuino de conocimiento. Sin embargo, Moore no logra precisar en qué consiste dicha condición ni ofrecer un criterio claro que permita efectuar esa distinción.

Una segunda diferencia es que la aprehensión directa es una relación que puede mantenerse con entidades que no son proposiciones, mientras que el conocimiento inmediato es una relación que solo puede mantenerse con proposiciones. Para ilustrar con mayor

claridad esta diferencia, haré uso del siguiente ejemplo propuesto por Moore:

Por ejemplo, en este momento aprehendo directamente el color blanquecino de este papel; pero no conozco inmediatamente ese color blanquecino. Cuando lo aprehendo directamente, puedo también, si llego a pensar en ello, conocer inmediatamente la proposición de que lo aprehendo directamente y también la proposición de que existe. Pero ambas proposiciones son algo completamente distinto del propio color blanquecino; y puedo, en un momento dado, aprehender directamente un color sin conocer inmediatamente ninguna de esas dos proposiciones, aunque siempre que aprehendo directamente un color o cualquier otro dato sensible, puedo, si llego a pensar en ello, conocer tanto la proposición de que lo aprehendo directamente como la proposición de que existe (Moore, 2013b, p.76)

Moore añade una precisión importante acerca del conocimiento inmediato. Señala que este es el tipo de conocimiento que tenemos cuando sabemos que una proposición es verdadera —cuando realmente la conocemos, y no simplemente la aprehendemos directamente— en aquellos casos en los que no conocemos ninguna otra proposición de la cual dicha proposición se siga. En efecto, si no conocemos ninguna proposición de la cual una proposición se derive, entonces, si la conocemos en absoluto, solo podemos conocerla de manera inmediata.

Sin embargo, Moore subraya que incluso cuando conocemos una proposición de forma inmediata, puede ocurrir que al mismo tiempo conozcamos también alguna otra proposición de la cual aquella se siga. Es decir, una misma proposición puede ser conocida tanto inmediatamente como también en virtud de que conocemos otra proposición de la cual se deriva. Si llamamos conocimiento mediato a todos aquellos casos en los que conocemos

una proposición porque conocemos otra de la cual se sigue, entonces se sigue que es posible conocer una misma proposición simultáneamente de manera inmediata y mediata.

La relación entre conocimiento inmediato y conocimiento mediato es, por tanto, muy distinta de la relación entre aprehensión directa y aprehensión indirecta. Cuando aprehendemos algo directamente, nunca lo aprehendemos al mismo tiempo de manera indirecta; y cuando lo aprehendemos indirectamente, nunca lo aprehendemos al mismo tiempo de manera directa. En cambio, el conocimiento inmediato y el conocimiento mediato no se excluyen mutuamente de este modo (Moore, 2013b, p.78).

Un ejemplo de lo anterior es el siguiente. Moore se pregunta si conoce inmediatamente la proposición “sé que este lápiz existe”, y sostiene que se inclina a pensar que sí, aunque reconoce que esta afirmación puede ser objeto de discusión. La dificultad, señala, radica en que aquello que pretende conocer inmediatamente no es simplemente que el lápiz exista, sino que él sabe que existe. Podría objetarse que no es posible conocer inmediatamente una proposición de este tipo, puesto que no se puede saber que se sabe que el lápiz existe sin saber previamente que el lápiz existe. De ello podría inferirse que la primera proposición solo puede ser conocida de manera mediata, en virtud de que se conoce la segunda.

Sin embargo, Moore insiste en que es necesario establecer una distinción. Del mero hecho de que no pueda conocerse la primera proposición sin conocer la segunda no se sigue que la primera se conozca únicamente porque se conoce la segunda. Moore sostiene, por el contrario, que ambas proposiciones pueden ser conocidas inmediatamente. Una dificultad análoga, añade, podría plantearse respecto de la proposición “este lápiz existe”. Podría decirse que no se la conoce inmediatamente, puesto que no podría conocerse en absoluto sin la aprehensión directa de ciertos datos sensoriales y sin reconocerlos como signos de su

existencia.

Moore concede que no sabría que el lápiz existe si no aprehendiera directamente ciertos datos sensoriales, pero subraya que esto no equivale a admitir que no lo sabe inmediatamente. El hecho de que no pudiera saber algo a menos que se dieran ciertas condiciones es muy distinto de saberlo únicamente porque se conoce alguna otra proposición. La mera aprehensión directa de datos sensoriales no constituye el conocimiento de una proposición; sin embargo, Moore sostiene que no es evidente que dicha aprehensión no sea suficiente, por sí sola, para permitirle saber inmediatamente que el lápiz existe.

Como hemos visto hasta este punto, Moore distingue claramente entre aprehensión directa y conocimiento inmediato. No obstante, su planteamiento enfrenta dos dificultades importantes. En primer lugar, Moore no logra especificar cuál sería la cuarta condición que permitiría distinguir una creencia verdadera por accidente de un caso genuino de conocimiento. En segundo lugar, Moore tampoco ofrece una explicación suficientemente desarrollada de cómo se pasa de la aprehensión directa al conocimiento inmediato, ni de qué manera la primera puede servir de base para el segundo sin recurrir a inferencias. Aunque insiste en que el conocimiento inmediato no es inferencial, no especifica con claridad qué relación epistémica conecta la aprehensión directa de datos sensibles con el conocimiento inmediato de proposiciones acerca del mundo externo.

## **2.5. Rechazo de la tercera premisa**

Además de la respuesta basada en el conocimiento inmediato, Moore desarrolla una segunda estrategia frente al escepticismo acerca del mundo externo, la cual apunta direc-

tamente al rechazo de la tercera premisa del argumento escéptico humeano. Esta segunda respuesta aparece en escritos posteriores a aquellos en los que Moore defiende explícitamente la noción de conocimiento inmediato, en particular en *Four Forms of Skepticism* (1959), y puede entenderse como el resultado de un replanteamiento de su posición. En estos textos tardíos se advierte un desplazamiento en el foco de la discusión. En lugar de cuestionar la exigencia de inferencias para el conocimiento, Moore dirige su atención a la tesis escéptica según la cual ningún razonamiento puede establecer la existencia de objetos externos.

La postura de Russell según la cual yo no sé con certeza que esto sea un lápiz o que usted sea consciente descansa, si estoy en lo correcto, en no menos de cuatro supuestos distintos: (1) que yo no conozco estas cosas de manera inmediata; (2) que no se siguen de ninguna cosa o conjunto de cosas que yo conozca de manera inmediata; (3) que, si (1) y (2) son verdaderos, mi creencia en ellas o mi conocimiento de ellas debe estar “basado en un argumento analógico o inductivo”; y (4) que aquello que está así fundado no puede constituir conocimiento cierto. Y lo que no puedo evitar preguntarme es esto: ¿es, de hecho, tan cierto que estos cuatro supuestos son verdaderos como que yo sé que esto es un lápiz y que usted es consciente? No puedo evitar responder: parece ser más cierto que yo sé que esto es un lápiz y que usted es consciente que cualquiera de estos cuatro supuestos sea verdadero, y mucho más aún que lo sean los cuatro. Concuerdo con Russell en que (1), (2) y (3) son verdaderos; sin embargo, respecto de ninguno de estos tres me siento tan cierto como de que esto es un lápiz. Más aún: no creo que sea racional estar tan cierto de cualquiera de estas cuatro proposiciones como de la proposición de que yo sé que esto es un lápiz. (Moore,

1959, p.226)

Como muestra la cita anterior, en estos textos Moore está respondiendo directamente a Russell, cuyo argumento tiene una clara inspiración humeana y puede equipararse, en lo esencial, con el argumento escéptico reconstruido en la primera sección de este trabajo. En particular, el primer supuesto que Moore atribuye a Russell puede identificarse con la tesis de que solo percibimos impresiones. Del mismo modo, el tercer supuesto corresponde a la exigencia humeana reconstruida en la segunda premisa del argumento escéptico, según la cual el conocimiento del mundo externo debe fundarse en una inferencia. Finalmente, el cuarto supuesto puede equipararse con el rechazo humeano de que sea posible establecer una inferencia o un razonamiento causal legítimo para justificar proposiciones que versan sobre cuestiones de hecho. Esta correspondencia permite entender con mayor claridad por qué Moore considera que refutar el argumento de Russell equivale, en lo fundamental, a rechazar el escepticismo humeano acerca del mundo externo.

En contraste con la posición anterior, en este pasaje, Moore niega que pueda haber conocimiento inmediato de las proposiciones acerca del mundo externo y sostiene que este tipo de conocimiento debe estar basado en un razonamiento analógico o inductivo.

Como Moore señala en el pasaje citado, coincide con el escéptico en que, si conocemos algo, dicho conocimiento debe estar basado en algún tipo de inferencia; en este sentido, Moore no sostiene aquí la tesis del conocimiento inmediato. Sin embargo, a diferencia del escéptico, Moore no acepta que no sea posible establecer una inferencia legítima hacia la existencia del mundo externo. Por el contrario, Moore afirma tener mayor certeza de que posee conocimiento del mundo externo —expresado en proposiciones ordinarias como

“aquí hay un lápiz”— que de cualquiera de los supuestos que conforman el argumento de Russell, en particular del último, que es precisamente el único que rechaza. Este supuesto final sostiene que no puede haber conocimiento del mundo externo, y es incompatible con proposiciones de sentido común de las que Moore está completamente seguro. Dado que Moore tiene plena certeza de proposiciones como “aquí hay un lápiz”, y dado que estas son incompatibles con la tesis de que no puede haber conocimiento del mundo externo, concluye que debe rechazarse la afirmación de que no es posible establecer una inferencia legítima hacia la existencia de objetos externos.

No obstante, esta segunda respuesta mooreana no está exenta de dificultades. En este punto, la estrategia de Moore enfrenta problemas análogos a los que ya se señalaron en el capítulo primero con respecto a la propuesta lockeana. En ambos casos, se admite que nuestro acceso epistémico inmediato se limita a la experiencia sensible, y se pretende justificar la existencia de objetos externos mediante algún tipo de inferencia a partir de dicha experiencia. Sin embargo, al igual que en Locke, la propuesta de Moore parece incurrir en una forma de circularidad epistémica: la legitimidad de la inferencia hacia la existencia del mundo externo depende de supuestos que solo resultan razonables si ya se acepta la existencia de objetos externos. En consecuencia, Moore no ofrece una explicación suficientemente detallada de cómo dicha inferencia puede ser epistémicamente legítima sin presuponer aquello que pretende establecer.

## 2.6. Conclusión

En este capítulo se ha examinado dos posibles respuestas mooreanas al escepticismo humeano acerca del mundo externo, con el objetivo de mostrar que, en los escritos de G. E. Moore, se encuentran al menos dos estrategias argumentativas distintas para rechazar las premisas centrales del argumento escéptico. Lejos de comprometerse de manera acrítica con la posición de Moore, el análisis se ha concentrado en reconstruir dichas respuestas y en evaluar sus alcances filosóficos.

En primer lugar, se presentó el método argumentativo característico de Moore, basado en lo que puede denominarse el “principio del uso proporcional de la certeza”. Según este principio, es racional emplear una proposición de la que tenemos mayor certeza para rechazar otra incompatible cuya certeza es menor. Este método no pretende ofrecer una refutación demostrativa del escepticismo, sino mostrar que ciertas conclusiones escépticas son menos razonables que las proposiciones de sentido común que pretenden poner en duda.

A partir de este método, se reconstruyó una primera respuesta mooreana al argumento escéptico humeano, dirigida a rechazar su segunda premisa. Dicha respuesta se apoya en la tesis de que no todo conocimiento puede depender de inferencias, pues ello conduciría a un regreso infinito incompatible con la posibilidad misma del conocimiento. Moore concluye que deben existir conocimientos inmediatos, y que esta tesis es más cierta que la afirmación escéptica según la cual todo conocimiento del mundo externo requiere un razonamiento causal desde impresiones. No obstante, se señaló también una dificultad interna de esta respuesta: Moore no ofrece una explicación suficientemente clara de cómo la aprehensión

directa puede servir de base al conocimiento inmediato sin apelar a inferencias, ni precisa cuál es la cuarta condición que este último exige.

En segundo lugar, se examinó una respuesta mooreana posterior que apunta al rechazo de la tercera premisa del argumento escéptico. En este contexto, Moore acepta que el conocimiento del mundo externo puede involucrar inferencias, pero niega que estas sean ilegítimas. Frente al argumento de Russell inspirado en Hume, Moore sostiene que tenemos mayor certeza de proposiciones ordinarias como “aquí hay un lápiz” que de los supuestos filosóficos que conducen a la negación del conocimiento del mundo externo. En consecuencia, considera racional rechazar la tesis de que no puede establecerse ninguna inferencia legítima hacia la existencia de objetos externos.

Sin embargo, esta respuesta mooreana enfrenta el problema de la circularidad epistémica. En particular, la legitimidad de la inferencia hacia la existencia del mundo externo parece depender de supuestos que solo resultan razonables si ya se acepta que existen objetos externos.

# Capítulo 3

## Los límites de la argumentación

### mooreana

#### 3.1. Introducción

En el capítulo anterior vimos cómo Moore desarrolla dos respuestas al escepticismo basadas en el principio del uso proporcional de la certeza. Aunque tales respuestas poseen fuerza intuitiva, diversos filósofos han señalado dificultades que surgen de la aplicación irrestricta de dicho principio. En este capítulo reconstruiré dos críticas influyentes a la argumentación mooreana. Para ello, me centraré en su texto *Prueba del mundo externo*, en este texto se manifiestan con mayor claridad los límites de la estrategia argumentativa de Moore y en torno al cual se han articulado la mayoría de las objeciones. Si bien los dos argumentos escépticos reconstruidos en el capítulo anterior no se basan exclusivamente en *Prueba del mundo externo*, la estrategia mooreana, fundada en el uso proporcional de la certeza, atraviesa la mayor parte de sus escritos y puede aplicarse también a esos otros

contextos argumentativos.

El objetivo de esta sección es reconstruir dos críticas influyentes a la prueba del mundo externo de Moore. En primer lugar, la crítica de Wright, según la cual dicha prueba exhibe una forma encubierta de circularidad viciosa. En segundo lugar, el análisis alternativo de Coliva, el cual surge en respuesta al análisis de Wright. Para ello, primero se expondrá brevemente la interpretación wrightiana y su explicación de por qué la prueba de Moore falla. Posteriormente, se presentará la respuesta de Coliva, quien sostiene que el problema de la prueba no reside en una circularidad epistémica encubierta, sino en una mala comprensión del tipo de desafío escéptico al que Moore pretende responder.

### 3.2. Prueba del mundo externo

Moore comienza su texto *Prueba del mundo externo* citando las siguientes palabras de Kant que se encuentran en el Prólogo de la segunda edición:

Sigue siendo todavía un escándalo para la filosofía que la existencia de las cosas fuera de nosotros deba aceptarse meramente por fe, y que, si alguien considera oportuno dudar de su existencia, no seamos capaces de contrarrestar sus dudas mediante una prueba satisfactoria.(BXXXIX)

Posteriormente, tras citar estas palabras de Kant, Moore afirma que ofrecerá una prueba destinada a remediar esta situación. Sin embargo, antes de presentar dicha prueba, intenta desambiguar el tipo de objetos cuya existencia pretende demostrar. Para ello, realiza lo que Michael Williams (2021) denomina una caracterización de cómo deben entenderse los “objetos externos”.

En el marco de esta caracterización, Moore distingue cinco expresiones que la tradición filosófica ha tendido a utilizar como si fueran equivalentes, a pesar de que existen diferencias importantes entre ellas. Estas cinco expresiones son las siguientes:

- a) Cosas fuera de nosotros
- b) Cosas externas
- c) Cosas que son externas a nuestras mentes
- d) Cosas que se pueden encontrar en el espacio
- e) Cosas que se presentan en el espacio

Como se mencionó anteriormente, Moore, a diferencia de Kant y de buena parte de la tradición filosófica, no sostiene que expresiones como “cosas que se encuentran en el espacio”, “cosas externas a nosotros” y “cosas externas a nuestras mentes” sean equivalentes. Moore insiste en que estas expresiones pueden coincidir en ciertos casos, pero no son sinónimas y su uso indiscriminado genera confusión acerca de qué tipo de entidades están realmente en juego en la prueba del mundo externo.

No obstante, dado que el objetivo de este capítulo es reconstruir dos de las críticas a la prueba de Moore —y que dichas críticas, al igual que la mayoría de las objeciones influyentes, no se centra en la caracterización mooreana de los objetos externos, sino en la estructura epistémica de la prueba misma—, no profundizaré aquí en todos los detalles de esa caracterización. Me limitaré a exponer los puntos estrictamente necesarios para entender por qué la prueba se enfoca principalmente en la relación entre (c) cosas que son externas a nuestras mentes y (d) cosas que se pueden encontrar en el espacio, siguiendo la

reconstrucción ofrecida por Coliva (2013).

Según Moore, (d) cosas que se pueden encontrar en el espacio implican (c) cosas que son externas a nuestras mentes, pero no ocurre lo contrario. Esto se debe a que existen entidades que son externas a nuestras mentes y, sin embargo, no pueden encontrarse en el espacio. Un ejemplo de ello son los dolores de los animales: aunque son externos a las mentes humanas, puesto que no podemos percibirlos directamente, no son entidades espaciales en el sentido en que lo son los objetos físicos ordinarios. Así, (c) no implica (d), aun cuando (d) sí implica (c).

De manera análoga, Moore sostiene que (e) cosas que se presentan en el espacio no son idénticas a (d) cosas que se pueden encontrar en el espacio. Hay cosas que se presentan en el espacio sin ser cosas que puedan encontrarse en él. Los dolores o las comezones, por ejemplo, se presentan como localizados en una parte del cuerpo, pero no son entidades espaciales en el mismo sentido que una mano o una mesa. Esto muestra que (e) no implica (d), aunque (d) sí implica (e).

En cuanto a (a) cosas fuera de nosotros y (b) cosas externas, Moore señala que estas expresiones pueden interpretarse de dos maneras distintas. En algunos contextos pueden entenderse como equivalentes a (c) cosas que son externas a nuestras mentes, y en otros como equivalentes a (d) cosas que se pueden encontrar en el espacio. Dependiendo de cómo se interpreten, se aplicarán las mismas consideraciones ya señaladas: si se las identifica con (c), no implican (d); si se las identifica con (d), entonces sí implican tanto (c) como (e).

Sea cual sea la interpretación adoptada para (a) y (b), Moore sostiene que un objeto físico debe entenderse como algo que existe independientemente de ser percibido por nosotros y que puede encontrarse en el espacio. En este sentido, ofrecer una prueba de la

existencia de objetos físicos implicaría, según Moore, demostrar ipso facto la existencia de cosas que se pueden encontrar en el espacio y que son externas a nuestras mentes. Sin embargo, como señala Coliva (2013, p.976), esta afirmación es prima facie problemática. El propio Moore reconoce que hay cosas externas a nuestras mentes, como los dolores de los animales, que no consideramos intuitivamente objetos físicos. Por ello, resulta más adecuado caracterizar los objetos físicos como aquello que podría ser percibido y que, no obstante, existe con independencia de que efectivamente sea percibido. Esta delimitación permite precisar el alcance de la prueba y explica por qué la discusión se concentra en (c) y (d), y no en nociones más amplias o ambiguas de lo “externo”.

Una vez aclaradas las distinciones relevantes entre los distintos sentidos en los que algo puede ser externo, el análisis precedente permite comprender mejor la estrategia argumentativa de Moore en la *Prueba del mundo externo*. En particular, estas distinciones le permiten identificar un tipo específico de premisa que, desde su perspectiva, es más cierta que la conclusión que pretende establecer. Se trata de proposiciones acerca de cosas que no solo son externas a nuestras mentes, sino que además pueden encontrarse en el espacio y existen independientemente de ser percibidas.

En el contexto de su conferencia, Moore apela precisamente a este tipo de proposiciones, pues se refieren a objetos ordinarios que tanto él como su audiencia pueden identificar de manera demostrativa, como cuando afirma “aquí hay una mano”. Dado que tales proposiciones versan sobre cosas que se pueden encontrar en el espacio y que forman parte de nuestra experiencia ordinaria compartida, Moore sostiene que tenemos mayor certeza de su verdad que de cualquier tesis filosófica que las ponga en duda. Sobre esta base, Moore considera legítimo emplearlas como premisas en una prueba destinada a establecer la

existencia de objetos externos. Dicha prueba puede reconstruirse del siguiente modo:

Moore levanta una de sus manos, la sacude y afirma:

1. Aquí hay una mano.

Posteriormente, Moore levanta la otra mano, hace el mismo gesto y afirma:

2. Aquí hay otra mano.
3. En el presente hay dos manos humanas.

Por lo tanto:

4. Hay objetos físicos.

Por lo tanto:

5. Existe el mundo externo

Tras presentar su prueba, Moore sostiene que se trata de una prueba rigurosa, en la medida en que cumple con tres condiciones que la hacen tal:

- (a) Las premisas son diferentes a la conclusión
- (b) Es necesario saber que las premisas son verdaderas
- (c) La conclusión debe seguirse efectivamente de las premisas.

Moore sostiene que su prueba cumple la primera condición, pues afirma que las premisas que emplea son distintas de la conclusión que pretende establecer. En particular, proposiciones como “aquí hay una mano” y “aquí hay otra mano” no son idénticas a la proposición “existen objetos externos”. Asimismo, Moore considera que su prueba satisface la segunda

condición, ya que, bajo las condiciones adecuadas, sabemos con total certeza que “aquí hay una mano”. Para Moore, dudar de que tenemos conocimiento de este tipo de proposiciones sería absurdo, pues, como vimos en el capítulo anterior, tales proposiciones gozan de un grado de certeza mayor que cualquier otra que pretenda negarlas. Por último, Moore sostiene que su prueba cumple la tercera condición, dado que la conclusión se sigue de sus premisas. En efecto, si se logra demostrar la existencia de al menos dos objetos como manos, perros o árboles, entonces, según Moore, se ha demostrado ipso facto la existencia de objetos externos.

Aunque la prueba de Moore cuenta con premisas distintas de la conclusión, las cuales parecen verdaderas, presenta una forma inferencial válida y conduce a una conclusión que resulta, en principio, aceptable, aun así muchos filósofos la consideran insatisfactoria. Esto da lugar a la pregunta de por qué la prueba genera dicha insatisfacción. Diversas respuestas se han ofrecido frente a este problema. En las secciones siguientes analizaré dos de las más influyentes: en primer lugar, la crítica formulada por Crispin Wright y, posteriormente, la respuesta de Annalisa Coliva a dicha crítica, junto con su propia propuesta.

### 3.3. La interpretación de Wright

Entre las diversas interpretaciones que se han propuesto de la prueba del mundo externo, una de las más influyentes es la de Crispin Wright, desarrollada principalmente en su texto *Facts and Certainty*. De acuerdo con Wright, el defecto principal de la prueba de Moore es que es circularmente viciosa. Este defecto puede ser difícil de apreciar porque Moore no presenta de manera explícita los fundamentos en virtud de los cuales afirma co-

nocer las premisas de su argumento. Así, por ejemplo, la afirmación “aquí hay una mano” parece basarse en su evidencia sensorial. En *Prueba del mundo externo*, Moore reconoce que no puede ofrecer una prueba de sus premisas; sin embargo, niega que de ello se siga que carezca de conocimiento en esas circunstancias.

Crispin Wight afirma que si hiciéramos explícitas las bases de la prueba de Moore, sería evidente por qué la prueba de Moore falla y la reconstruye de la siguiente manera:

I. Alguna proposición que describa con el detalle adecuado el campo total de experiencia de Moore durante cierto tiempo antes y durante el período en el que siente que está sosteniendo su mano frente a su rostro y, de ese modo, está presentando una prueba filosófica ante una audiencia en una conferencia.

II. Tengo una mano.

III. Por lo tanto, existe el mundo externo.

Para Crispin Wright, Moore pretende realizar una inferencia en la que la primera premisa proporciona buena evidencia para la segunda, la cual, a su vez, implica la tercera. Además, Moore supone que las bases epistémicas que la primera premisa ofrece para la segunda se transmiten a lo largo de toda la inferencia. Para ilustrar mejor este punto, Wright recurre al siguiente ejemplo:

I. Hace cinco horas, Jones se comió veinte moras venenosas.

II. El cuerpo de Jones absorbió una cantidad fatal de belladona.

III. Jones morirá pronto (Wright, 1985, p.435).

Sin embargo, Wright afirma que Moore planteó una inferencia donde la primera premisa da evidencia para la segunda y que implica la tercera, pero el apoyo evidencial que la primera línea proporciona a la segunda está, a su vez, condicionado por la razonabilidad previa de aceptar la tercera línea. En otras palabras (I) puede fundamentar (II) solo si se da por sentado que la propia experiencia se produce por la interacción causal con objetos físicos. Por lo tanto, cualquier experiencia sensorial solo puede justificar una creencia sobre objetos empíricos si ya se asume la existencia de un mundo externo. Sin embargo, para pasar justificadamente de (I) a (II), es necesario tener una justificación para (III). Por lo tanto, la demostración es epistémicamente circular. Se necesita una justificación antecedente e independiente para (III) para tener una justificación para (II) en primer lugar, dada la propia experiencia sensorial actual, como se describe en (I).

Wright resume su posición de la siguiente manera:

- (a) Toda nuestra evidencia a favor de proposiciones particulares acerca del mundo material, de otras mentes, etc., depende, en cuanto a su fuerza justificatoria, de la razonabilidad previa de aceptar las proposiciones del grupo III.
- (b) Por esta razón, las proposiciones del grupo III no pueden justificarse apelando a ese tipo de evidencia.
- (c) Tales proposiciones no pueden justificarse de ningún otro modo.
- (d) Por consiguiente, tales proposiciones pueden ser falsas.

### 3.4. La respuesta de Coliva

Annalisa Coliva (2008) sostiene que la prueba del mundo externo planteada por Moore da lugar a una paradoja peculiar. A diferencia de las paradojas filosóficas tradicionales —en las que una inferencia aparentemente correcta conduce a una conclusión inaceptable—, la prueba de Moore parte de premisas verdaderas y justificadas, emplea una forma de razonamiento válida y concluye en una tesis que, en sí misma, resulta perfectamente aceptable. Pese a todo ello, la prueba nos parece inmediatamente defectuosa. El problema, según Coliva, consiste precisamente en explicar por qué un razonamiento que satisface todas las condiciones estándar de corrección epistémica produce, no obstante, una reacción casi universal de insatisfacción.

Coliva sostiene que los diagnósticos habituales de la prueba de Moore —entre ellos el de Wright—, aunque filosóficamente sofisticados, no logran explicar un rasgo central de nuestra reacción ante dicha prueba: la consternación intelectual inmediata y casi universal que provoca al ser considerada por primera vez. En efecto, análisis como el de Wright remiten a cuestiones técnicas y controvertidas acerca de la arquitectura racional de la justificación perceptiva, cuestiones respecto de las cuales muchos filósofos —y con mayor razón lectores no especializados— no tienen una postura definida. Sin embargo, nuestra decepción frente a la prueba de Moore es previa a cualquier reflexión de ese tipo. No parece depender de haber reconocido que la prueba incurre en una forma específica de circularidad epistémica, ni de haber advertido que su estructura justificatoria es defectuosa en el sentido preciso que Wright propone. Por el contrario, la insatisfacción surge de manera inmediata, antes de que podamos identificar con claridad cuál sería el problema técnico de la inferencia.

A juicio de Coliva, este hecho sugiere que el defecto de la prueba no debe buscarse, al menos en primera instancia, en su arquitectura epistémica, sino en una mala comprensión del contenido del desafío escéptico al que Moore pretende responder. Para resolver la paradoja, Coliva propone examinar con mayor detenimiento qué se está preguntando exactamente cuando el escéptico plantea la cuestión de si nuestra creencia en la existencia del mundo externo está justificada. La forma en que interpretamos esta pregunta, sostiene, se manifiesta directamente en nuestra reacción espontánea ante la prueba de Moore, del mismo modo en que una cierta comprensión de la pregunta “¿existen los números?” está implícita en la impaciencia que generan respuestas triviales del tipo: “por supuesto que existen, el número de libros en mi casa es mil”.

Según Coliva, una lectura natural del desafío escéptico consiste en entenderlo como una pregunta específica de segundo orden: no se trata simplemente de si algunas de nuestras creencias empíricas están de hecho justificadas por los tipos de consideraciones que normalmente aceptamos como justificatorias, sino de si tenemos derecho a reclamar que tales consideraciones nos proporcionan una justificación. En otras palabras, el reto no consiste en mostrar que nuestras creencias ordinarias pueden ser compatibles con la verdad del escepticismo, sino en redimir las garantías que creemos poseer; esto es, en ofrecer una justificación reflexiva de nuestra pretensión de estar justificados.

Esta distinción entre niveles del desafío escéptico resulta irrelevante si se adopta una concepción internista tradicional de la justificación, según la cual las garantías epistémicas son siempre accesibles al sujeto y pueden ser empleadas inmediatamente para defender la racionalidad de sus creencias. Sin embargo, se vuelve crucial si se admite —como hace Coliva— que las garantías pueden consistir en relaciones cognitivas externas cuya obtención

no es necesariamente desde el punto de vista del sujeto. En este marco, el auténtico desafío escéptico opera en un nivel más alto: no cuestiona directamente la existencia de nuestras garantías empíricas ordinarias, sino nuestra capacidad para justificar racionalmente la pretensión de tenerlas.

Desde esta perspectiva, se explica por qué la prueba de Moore resulta insatisfactoria de manera inmediata. Si el desafío escéptico se entiende como la pregunta de si podemos redimir racionalmente las garantías que creemos tener para nuestras creencias empíricas ordinarias, entonces una prueba que simplemente presupone que tales garantías existen —por ejemplo, asumiendo sin más que la percepción proporciona justificación para la creencia “aquí hay una mano”— no responde al desafío planteado. Moore, en efecto, asume precisamente aquello que está en cuestión: que nuestras bases perceptivas ordinarias son efectivamente justificatorias. Por ello, la prueba no fracasa por incurrir en una circularidad epistémica técnica, como sugiere Wright, sino porque no se dirige al nivel adecuado del desafío escéptico.

Así, concluye Coliva, la paradoja de la prueba del mundo externo se disuelve una vez que se reconoce que Moore responde a una pregunta distinta de aquella que el escepticismo plantea de manera más inmediata. Nuestra reacción de impaciencia y decepción no se debe a un fallo oculto en la transmisión de la justificación, sino al reconocimiento inmediato de que la prueba no aborda la cuestión de si tenemos derecho a reclamar las garantías que ordinariamente atribuimos a nuestras creencias empíricas.

### 3.5. Conclusión

En este capítulo se ha reconstruido la prueba del mundo externo de G. E. Moore y se han examinado dos de las interpretaciones contemporáneas más influyentes acerca de sus alcances y limitaciones. En primer lugar, se presentó la lectura de Crispin Wright, según la cual la prueba de Moore fracasa debido a una circularidad epistémica: la justificación perceptiva de sus premisas dependería ya de la aceptación de proposiciones generales cuya verdad está precisamente en cuestión, como la existencia del mundo externo.

Posteriormente, se analizó la respuesta de Annalisa Coliva, quien sostiene que el diagnóstico de Wright no logra explicar adecuadamente la reacción inmediata de insatisfacción que provoca la prueba. Según Coliva, el problema fundamental no radica en la estructura justificatoria de la inferencia, sino en el hecho de que Moore responde a una pregunta distinta de aquella que plantea el escepticismo en su forma más apremiante. Mientras que el escéptico exige una redención reflexiva de nuestras garantías epistémicas ordinarias, Moore se limita a asumir que dichas garantías existen y operan como normalmente creemos que lo hacen.

Desde esta perspectiva, la paradoja de la prueba del mundo externo se disuelve al reconocer un desajuste de niveles entre el desafío escéptico y la respuesta mooreana. La prueba no resulta insatisfactoria porque sea inválida o circular en un sentido técnico, sino porque no aborda la cuestión de si tenemos derecho a reclamar las garantías que ordinariamente atribuimos a nuestras creencias perceptivas.

# Conclusión

Esta tesis tuvo como objetivo central analizar el escepticismo humeano acerca del mundo externo mediante una reconstrucción contemporánea de su argumento y la evaluación de distintas estrategias antiescépticas orientadas a rechazar sus premisas. El hilo conductor del trabajo fue mostrar que el argumento humeano conserva fuerza filosófica cuando se formula con rigor, pero que, al mismo tiempo, admite respuestas que no lo trivializan ni lo eluden, sino que dialogan con él respetando sus supuestos fundamentales.

En el primer capítulo se reconstruyó el argumento escéptico humeano sobre el mundo externo, poniendo especial atención en la estructura del razonamiento y en el papel que desempeñan sus tres premisas centrales. Esta reconstrucción permitió mostrar que el escepticismo humeano no descansa en exigencias epistémicas exageradas, sino en una concepción precisa de la percepción, la causalidad y el alcance justificatorio del razonamiento inductivo. Al formular el argumento de manera sistemática, el capítulo sentó las bases para evaluar con mayor claridad las distintas estrategias antiescépticas que se han propuesto históricamente.

El segundo capítulo se centró en dos posibles respuestas mooreanas al escepticismo humeano. Por un lado, se reconstruyó la estrategia basada en el conocimiento inmediato,

que rechaza la exigencia de que todo conocimiento del mundo externo deba fundarse en inferencias a partir de impresiones. Por otro lado, se analizó una respuesta posterior de Moore, en la que se cuestiona directamente la tesis escéptica según la cual ningún razonamiento puede establecer la existencia de objetos externos. En ambos casos, se mostró que la estrategia mooreana se apoya en el uso proporcional de la certeza y en la identificación de proposiciones que, para Moore, son más ciertas que las premisas escépticas que las ponen en duda.

El tercer capítulo se dedicó a examinar los límites de la argumentación mooreana a partir de dos críticas influyentes a la prueba del mundo externo. En primer lugar, se reconstruyó la interpretación de Crispin Wright, según la cual la prueba incurre en una forma de circularidad epistémica, en la medida en que la justificación de sus premisas depende de la aceptación previa de la conclusión. En segundo lugar, se analizó la respuesta desarrollada por Annalisa Coliva, quien sostiene que el diagnóstico de Wright no logra explicar adecuadamente la reacción inmediata de insatisfacción que provoca la prueba. Según Coliva, el problema fundamental no radica en la estructura justificatoria de la inferencia, sino en el hecho de que Moore responde a una pregunta distinta de aquella que plantea el escepticismo en su forma más apremiante.

No obstante, el trabajo también presentó límites claros. En primer lugar, la reconstrucción de las respuestas mooreanas se centró en textos específicos y no pretendió agotar la complejidad del pensamiento de Moore ni explorar de manera sistemática las posibles tensiones internas entre sus distintas formulaciones. En segundo lugar, el análisis se mantuvo deliberadamente en un plano reconstructivo y exegético, sin asumir la defensa normativa de las estrategias mooreanas frente al escepticismo. Asimismo, no se abordaron desarro-

llos más contemporáneos inspirados en Moore, como las propuestas neomooreanas, ni las aproximaciones basadas en nociones de epistemología de bisagra, que han sido empleadas como alternativas a la respuesta mooreana al escepticismo.

Estos límites abren diversas perspectivas para investigaciones futuras. Una línea prometedora consiste en examinar la relación entre las estrategias mooreanas aquí reconstruidas y enfoques contemporáneos como el contextualismo o el disyuntivismo. Otra posibilidad es explorar hasta qué punto el escepticismo humeano puede ser reformulado en diálogo con teorías actuales de la percepción y la causalidad. Finalmente, resulta pertinente investigar si el uso proporcional de la certeza puede articularse de manera más sistemática sin incurrir en las objeciones de circularidad epistémica señaladas por sus críticos.

# Bibliografía

Bennett, J. (1971). *Locke, Berkeley, Hume: Central Themes*. Oxford University Press UK.

Coliva, A. (2008). The Paradox of Moore's Proof of an External World. *The Philosophical Quarterly (1950-)*, 58(231), 234-243. Consultado el 22 de enero de 2026, desde <http://www.jstor.org/stable/40208557>

Coliva, A. (2013). Scepticism and Knowledge: Moore's Proof of an External World [Chapter 34]. En M. Beaney (Ed.), *The Oxford Handbook of the History of Analytic Philosophy*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199238842.013.0034>

Descartes, R. (2011). *Discurso del método y Meditaciones metafísicas* (M. García Morente, Trad.). Tecnos.

Dicker, G. (1998). *Hume's Epistemology and Metaphysics: An Introduction*. Routledge.

Echeverri, S. (2024). *Sesión 8: B. Stroud, Capítulo 3: G. E. Moore y el escepticismo "interno" y "externo"* [Apuntes de clase del curso *Teoría del Conocimiento II*], Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Greco, J. (2000). *Putting Skeptics in Their Place: The Nature of Skeptical Arguments and Their Role in Philosophical Inquiry*. Cambridge University Press.

- Hume, D. (2004). *Investigación sobre el entendimiento humano*. Ediciones AKAL.
- Locke, J. (2005). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Fondo de Cultura Económica.
- Martin, M. G. F. (1998). Setting Things Before the Mind. En A. O’Hear (Ed.), *Current Issues in Philosophy of Mind* (pp. 157-179). Oxford University Press.
- Moore, G. E. (1959). Four Forms of Skepticism. En *Philosophical Papers* (p. 226). George Allen; Unwin.
- Moore, G. E. (2013a). Certainty. En T. Baldwin (Ed.), *G.E. Moore: Selected Writings* (pp. 171-196). Routledge.
- Moore, G. E. (2013b). Hume’s Theory Explained. En T. Baldwin (Ed.), *G.E. Moore: Selected Writings* (pp. 59-78). Routledge.
- Moore, G. E. (2015). “The Presidential Address: Some Judgments of Perception”. *Proceedings of the Aristotelian Society*, 19(1), 1-29. <https://doi.org/10.1093/aristotelian/19.1.1>
- Strawson, P. F. (1979). Perception and its Objects. En G. F. Macdonald (Ed.), *Perception and Identity: Essays Presented to A. J. Ayer with his Replies to them* (pp. 41-60). Macmillan Education UK. [https://doi.org/10.1007/978-1-349-04862-5\\_2](https://doi.org/10.1007/978-1-349-04862-5_2)
- Stroud, B. (1984). G.E.Moore and Scepticism: “Internal” and “External”. En *The Significance of Philosophical Scepticism*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0198247613.003.0003>
- Williams, M. (2021). No Shadow of a Doubt. *Midwest Studies in Philosophy*, 45, 179-208. <https://doi.org/10.5840/msp2021111220>
- Wright, C. (1985). Facts and Certainty. *Proceedings of the British Academy*, 71, 429-472.